Introducción

El filósofo en la ciudad y la universidad en el tiempo

José Luis Pardo

En nuestros días, la filosofía se encuentra en una situación paradójica. Por una parte, hay un acuerdo generalizado –al que me sumo encantado– acerca de que se halla desprestigiada y minusvalorada, y ello ocurre tanto en el sistema educativo formal, en el que de cuando en cuando surgen planes que amenazan con su drástica reducción o con su completa desaparición, como en lo que podríamos llamar el sistema cultural informal, en el cual ocupa un lugar marginal, muy mal definido y cada vez más pequeño.

Pero, por otra parte, y aunque esto pueda sorprender a quienes son profesionalmente ajenos a la filosofía, lo que resulta extraño y, si puede decirse así, incluso escandaloso, es que quienes nos dedicamos a ella no hayamos dedicado grandes esfuerzos a averiguar las causas de ese descrédito. ¿Cómo es posible que quienes ejercen una profesión que es constantemente maltratada no se hayan interesado por las causas de ese maltrato? Un intento de explicación consistiría en reparar en que quienes hemos estudiado filosofía hemos incorporado ese malestar a nuestro *ethos* profesional y, por tanto, hemos llegado a considerarlo como algo «normal», de tal modo que si un día nos despertásemos curados de él pensaríamos que nos falta algo de lo que nos es necesario para reconocernos como partícipes de la filosofía, pues se diría que nuestro oficio consiste, entre otras cosas, en lamentarnos periódica y públicamente del desprestigio y el abandono que padece la filosofía. Con todo, aunque esto explicase «psicológicamente» la facilidad con la que aceptamos el descrédito de nuestra profesión, no permitiría entender por qué se ha producido el hecho –aparentemente incoherente– de que una profesión adopte como rasgo distintivo precisamente el desprecio del que es objeto.

Por muchas vueltas que le demos a esta paradoja, solo puede haber para ella una solución posible: si los profesores de filosofía y quienes escribimos o hablamos públicamente de ella nos hemos resignado –incluso de buen grado– a nuestro desprestigio es porque, por alguna extraña razón de la que seguramente no somos del todo conscientes, de ese desprestigio extraemos de algún modo el (poco) prestigio que nos queda en nuestras sociedades. Por así decirlo, hemos hecho de ese malestar que nos provoca el descrédito que sufrimos nuestro signo de distinción. Se diría, pues, que no solamente consideramos que esta es la situación *normal* de la filosofía (y cuando algo

se considera normal es lógico no preguntarse por sus causas), sino que incluso nos produce una cierta satisfacción intelectual, así como algunos beneficios emocionales y sociales.

Esta chocante circunstancia se sostiene sobre un supuesto raramente explicitado, que es el que *obstruye* la posibilidad de que la filosofía pueda preguntarse por su propia devaluación y que, aunque tiene muchas variantes, podría reducirse a lo siguiente: dado que existe un cierto consenso cultural acerca de la «importancia» de la filosofía en el pasado (como lo prueba el hecho de que su historia aún se explica en los programas de enseñanza secundaria y algunos de sus textos fundamentales se consideran decisivos para nuestra tradición cultural), en el gremio tendemos a culpar de su actual descrédito a un todopoderoso y difuso agente maligno llamado «la sociedad moderna» (cuyo principal designio sería convertirlo todo en «utilidad» o en «rentabilidad»), frente al cual la filosofía representaría el pabellón de la especulación desinteresada, la libertad de ideas y el pensamiento crítico, apoyado en los más elevados valores morales. Y para aliñar este romántico argumento no dudamos en recordar los padecimientos de Sócrates y sus discípulos en la antigua Grecia o el acoso sufrido por los maestros de artes de la Edad Media, a quienes la Iglesia mortificaba y hostigaba únicamente por leer a Aristóteles. La filosofía sería, por tanto, la víctima inocente (pero heroica) de una sociedad *mala*.

Amparados en este supuesto, lo más que los profesionales de la filosofía solemos hacer contra su desprestigio son estas dos cosas: *una* (que cada día produce más bochorno), elevar nuestras voces cargadas de santa indignación contra la perdición moral que amenazaría a una cultura sin filosofía, más o menos en el mismo sentido (y con las mismas consecuencias) que cuando el jefe de turno del Estado Vaticano alerta periódicamente a su parroquia acerca de los peligros que el «nihilismo», el «materialismo» y el «egoísmo» de las sociedades secularizadas representan para la salvación eterna del alma; y *otra* –que conduce directamente al ridículo–, intentar «demostrar» (con argumentos igualmente vergonzosos y vanos) la gran utilidad o la inmensa rentabilidad de la filosofía para fomentar el desarrollo personal, el progreso social, la convivencia cívica, el equilibrio ecológico o la paz mundial. Y el bochorno y el ridículo resultantes de ambas acciones, desde luego, no consiguen más que afianzar el desprestigio.

En una palabra: existe un prejuicio social *a favor* de la filosofía, que tiende a considerarla como un conocimiento intelectualmente más profundo que el de las ciencias y como una praxis más elevada que la de las artes y moralmente superior a la política y al derecho (pues, según este prejuicio, la filosofía posee el secreto de la *fundamentación racional* de todas esas otras disciplinas). Así, cada vez que desde la economía, la sociología, la lingüística, la historia, la antropología, la psicología o la política se recrimina al filósofo que sus presuntos conocimientos no son mejores que los de las ciencias, este suele defenderse de esos reproches mediante una hipótesis exculpatoria que despierta amplias simpatías públicas: que vivimos en un medio –la maldita «la sociedad moderna»– que se ha alejado de los verdaderos fundamentos de la vida humana, que se conforma con explicaciones superficiales y que desprecia y repudia el verdadero rigor intelectual y moral, y que, frente a esa sociedad mala (que solo se guía por los criterios de

eficacia, rentabilidad y utilidad inmediata), la filosofía representa el denostado pabellón de la razón pura, atenta únicamente a los intereses genuinos de la humanidad. Como ya he dicho, si esta hipótesis pudiera confirmarse, sin duda, justificaría sobradamente el descrédito de la filosofía y el hecho de que tal descrédito se considere como motivo de orgullo: en un mundo malo, feo y falso, lo normal es que el Bien, la Belleza y la Verdad estén desacreditados, desprestigiados y hasta perseguidos. Y de ahí que quienes nos dedicamos a la filosofía –aunque mal pagados y cultural y académicamente ninguneados– estemos relativamente cómodos en esta situación: además de proporcionarnos la tranquilidad de sabernos moral e intelectualmente superiores, nos convierte en inatacables, pues quien ose criticar a la filosofía se colocará por ello, inmediatamente, en el bando de los canallas.

Sin embargo, el supuesto o el prejuicio de marras se viene abajo en cuanto intentamos examinarlo, y ello por dos razones. La primera, sobre la que apenas es necesario insistir, es que nuestras sociedades se parecen poco a la Atenas del siglo –IV o al París del siglo XIII: la libertad de pensamiento y de crítica pública está consagrada hoy como un principio básico de nuestro modo de organización social y político, y la filosofía goza de una cómoda (aunque, en efecto, reducida y desvaída) posición académica y cultural, de tal modo que no solo no se condena ni se persigue a nadie precisamente por filosofar, sino que incluso se subvenciona con fondos públicos esta dedicación, aunque esto pueda resultar muy decepcionante para muchos de nuestros colegas, que prefieren mantenerlo en secreto. Como todas las demás áreas legítimas de conocimiento, la filosofía tiene que medirse en el campo del saber con otras disciplinas –entre ellas, esas que parecen monopolizar el territorio de lo «útil» o lo «rentable»– y someterse a la discusión y a la crítica acerca de su significación social y de sus modos de justificación, como hacen todas las demás. Pero sería torticero y, en última instancia, inadmisible, considerar esas críticas y esas discusiones como ataques de las «fuerzas oscuras del mal» para acabar con la libertad de pensamiento y con la crítica, puesto que ese examen público es precisamente uno de los más importantes logros históricos de la libertad de pensamiento y de investigación, e intentar que la filosofía quede exceptuada de él equivaldría a convertirla en un dogma incuestionable como aquellos que provocaron la condena de Sócrates o la persecución de Siger de Brabante. Lo cual alimenta la sospecha de que el motivo por el cual la filosofía actual apenas se pregunta por las causas de su desprestigio pueda hundir sus raíces en el temor a que, si la filosofía llegase a hacerse esa pregunta (y, por tanto, a someterse a sí misma a ese examen crítico que tanto enarbola como su esencia), pudiera descubrirse que tiene alguna responsabilidad en su devaluación y su desprestigio.

La segunda razón que invalida el supuesto de una sociedad mala contra una filosofía buena es el carácter insosteniblemente artificial de la contraposición entre «filosofía» y «sociedad». Insostenible, para empezar, a tenor de la mera observación empírica: si la filosofía es enemiga de la sociedad y la sociedad enemiga de la filosofía, ¿cómo explicar que la sociedad pague –aunque sea poco– a los filósofos por enseñar, investigar, escribir y hablar en público? ¿Acaso lo hace empujada por la presión popular de unas masas

que exigen, movilizadas, el alimento espiritual de la filosofía? No parece que tal presión exista. Entonces, ¿por qué sigue habiendo facultades de filosofía –aunque sean pocas– en las universidades, asignaturas de filosofía en los institutos de enseñanza secundaria, colecciones de filosofía en las editoriales y congresos y simposios de filosofía en el mundo occidental? Y no es solamente esta observación la que se opone al prejuicio, sino que toda la evidencia científica disponible nos inclina a pensar que, como todas las demás instituciones culturales, la filosofía es un producto de la sociedad en la que se desarrolla y que, por su parte, la sociedad también es como es a causa –entre otras muchas cosas– de la filosofía que se hace en ella. No niego, naturalmente, que la relación entre filosofía y sociedad presenta a menudo zonas problemáticas y puntos de fricción (no más en el caso de la filosofía que en el de otras disciplinas, y no únicamente en el campo de las «letras» o de las «humanidades»), pero sí rechazo por ingenuo, simplista, burdo y demagógico, el quimérico antagonismo entre la «sociedad opresora» y la «filosofía liberadora».

Así pues, todo parece indicar que el desprestigio de la filosofía es el precio que quienes nos dedicamos a ella pagamos (gustosamente) a cambio de que no se cuestione este prejuicio que nos beneficia y de que no se nos someta a crítica, aunque eso signifique la obligación de permanecer tutelados y en perpetua minoría de edad. Si estas razones fueran suficientes al menos para neutralizar la vigencia de este arrogante y prejuicioso supuesto, quedaría expedito el camino para que la filosofía reflexionase sobre las fuentes de su actual devaluación, sobre el lugar de la filosofía en la ciudad y sobre su significación entre las ciencias. Y este es el sentido de los trabajos que se presentan en este volumen.

Tales trabajos constituyen la estación de llegada de un proyecto financiado con fondos públicos que inició en el año 2006 el grupo de investigación complutense «Metafísica, crítica y política» y que, aunque por razones circunstanciales ha estado bajo mi dirección en sus últimas etapas, ha llevado en todo momento la impronta de Juan Manuel Navarro Cordón, quien no solamente fue su primer director sino el maestro de muchos de los profesores que hemos trabajado en él, y me atrevo a decir que también un ejemplo y una guía para todos los que, de diferentes maneras, nos hemos beneficiado de su legado intelectual, de su generosidad académica y de su rigurosa concepción del espíritu universitario, empezando por el que esto suscribe. Esta es, por tanto, la ocasión para dejar testimonio de nuestro reconocimiento a su dedicación, y también para agradecer a todos aquellos que, a lo largo de estos quince años, han colaborado de múltiples maneras en nuestro proyecto de investigación y en nuestros seminarios, congresos, publicaciones y actividades (una lista de sus nombres sería demasiado larga para reproducirla en esta introducción), pues sin su desinteresado interés y sus valiosas aportaciones no habríamos sido capaces de llevar a cabo esta tarea.

La pregunta por el lugar de la filosofía en la ciudad no tiene una respuesta fácil ni pacífica. Incluso aunque se pudiera adelantar, como conclusión de los ensayos aquí reunidos, que ese lugar no puede ser otro que las facultades de filosofía de las universidades (y los consiguientes departamentos de filosofía de enseñanza secundaria surgidos de